

# Antecedentes históricos del conflicto árabe-israelí.

---

## 1. El contexto histórico del pueblo hebreo en la Edad Antigua.

Desde hace 25.000 años, el clima de la región parece no haber variado: tipo mediterráneo, cercano al semiárido. No obstante, el desierto ha avanzado en el Alto Egipto como lo atestiguan, por ejemplo, los paisajes representados en las tumbas del Valle de los Reyes.

Palestina, país de Canaán, despertó más tarde que las regiones vecinas. Al oeste, la época arcaica egipcia comienza unos 3.500 años antes de Cristo. Al este, en Mesopotamia, la «época de las ciudades», que data del VI milenio cede su lugar, en el IV milenio, a las civilizaciones de Sumer y Acadia.

Sumer, «madre de todas las ciudades»: la tradición urbana continuará hasta los árabes, grandes arquitectos. Tras el encuentro de éstos con otros grandes constructores de ciudades al oeste, como son los pueblos surgidos del Imperio romano, se dibujará ya toda una parte de la civilización mediterránea.

Los imperios que sucedieron a Sumer duraron unos 2.000 años. Después de haber coexistido durante largo tiempo, los asirios al norte y los babilonios al sur, se enfrentaron a partir del 1300 a.C. En el 608 a.C. el Imperio de Assur desaparece definitivamente. Con la dinastía caldea Babilonia disfrutará de un siglo de tregua, para acabar siendo invadida por los persas. Los mesopotámicos, habitantes del desierto y atentos observadores de las constelaciones, nos legaron varias anticipaciones de las religiones del Libro (Génesis, Diluvio...).

Entre las numerosas tribus nómadas errando por Mesopotamia, encontramos a los hebreos en torno al 2000 a.C. Desde allí y bajo la dirección de Abraham se ponen en camino hacia el 1900 a.C. Atraviesan el país de Canaán sin establecerse, y suben hasta Egipto durante el período de los conflictos que separaron el Imperio medio del Imperio nuevo (en esta época Egipto sufrirá una serie de invasiones de pueblos agrupados bajo el nombre general de hicsos). Los hebreos, reducidos a la esclavitud por los faraones, cuyo poder se había fortalecido, dejan Egipto en torno al 1300 a.C. y vuelven a marcharse, en sentido contrario, bajo la dirección de Moisés hacia el país de Canaán, donde se instalan definitivamente. La formación de los principales elementos de la religión judía data de este período. Durante casi tres siglos, los hebreos conquistaron poco a poco toda Palestina (el nombre de la región procede del nombre de sus enemigos, los filisteos). Después de Saúl, David funda en el 1010 a.C. el reino de Israel, en el que reinará, tras él, su hijo Salomón. En el 935 a.C. las disensiones internas dividen en dos el primer Estado judío. El reino de Israel, la mitad septentrional, se rinde en el 721 a.C. ante los ataques de los asirios, que trasladan la población a Nínive. El reino de Judá, la mitad sur, es destruido en el 587 a.C. por los caldeos, quienes organizan la marcha de una parte de los habitantes hacia Babilonia.

Hacia el 550 a.C. los conquistadores mesopotámicos se sometieron a los persas (quienes autorizaron el regreso a Palestina de una parte de los judíos); éstos a su vez serán barridos por las conquistas de Alejandro en el 340 a.C.

El dominio persa se sitúa más hacia el este, en lo que actualmente es Irán, ocupando el noreste de Afganistán, Asia Central ex soviética y los territorios indio y chino.

Los arios, llegados del norte, se instalan a lo largo del II milenio. En el siglo IX se forman los reinos meda y persa, que entran en contacto con los asinos. Fue el Imperio Meda el que destruyó Assur y ocupó una gran parte de Mesopotamia. En el 550, los medas son arrollados por los persas de Ciro. Por primera vez en la historia, Darío controlará toda el área geográfica del Próximo y Medio Oriente, construyendo un reino de 4.000 kilómetros de largo, que va de Egipto y el Danubio a los confines del Tibet, y del que sólo escaparán los griegos tras una legendaria resistencia. Después llegará Alejandro.

En sólo diez años, del 334 al 327 a.C., el macedonio Alejandro aniquila al Imperio persa y construye a su vez un imperio, que se extiende de Libia a la India. Se produce un cambio esencial: el helenismo penetra en Oriente y, al mismo tiempo, se mezcla con él a imagen y semejanza de su jefe que se casa con una hija de Darío, impone matrimonios mixtos y recluta asiáticos para su ejército.

Tras la muerte de Alejandro el inmenso Estado se desgaja, pero persiste la influencia griega, principalmente en el reino de los seléucidas e incluso en Bactriana, a las puertas de la India. No obstante, hacia el 250 a.C. se instala en Irán un reino parto (uno de los grupos étnicos del antiguo Imperio persa, de origen escita) que durará cinco siglos.

En el 189 a.C., los romanos, que penetran por primera vez en Asia Menor derrotan a los seléucidas, añadiendo a sus dominios una pequeña parte de Arabia en el 106 a.C. Posteriormente Sila rechazará hacia el este al parto Mitrídates. Del 66 al 62 los romanos ocupan Siria y Judea; Egipto será suyo en el 31 a.C. El cristianismo nacerá dentro de este contexto a comienzos de nuestra era.

En el 70, enfrentado a una nueva rebelión de los judíos, Tito destruye Jerusalén. Más exilio y una nueva página de lo que tradicionalmente se conoce como diáspora.

Es necesario hacer una matización: los judíos parecen haber sido viajeros de modo espontáneo. Durante la época del reino de Judá se les encuentra establecidos desde las ciudades griegas hasta las tribus árabes. Después se multiplicarán las deportaciones: asirios, caldeos, romanos. Cuando se les ofrecía la posibilidad de volver a la tierra de Sión, estos exiliados no siempre quisieron regresar. En cualquier caso, sea cual sea la razón de todos estos traslados, los desterrados contribuyeron a extender el judaísmo por todo el mediterráneo oriental.

De hecho, la conquista romana se limitará al ámbito mediterráneo. Trajano incorporará Mesopotamia al Imperio en 115-116, es cierto, pero Adriano evacuará la región enseguida. Es con Adriano con quien los judíos sufrieron la más dura de las persecuciones: la rebelión de Bar Kobsba fue ahogada en sangre tras varios años de mantener en jaque a los romanos, Jerusalén fue destruida y sobre sus ruinas se levantó una ciudad romana, los judíos partieron a la diáspora y pocos quedaron en aquellas tierras.

En tiempos del Imperio romano de Oriente, después del 395, durante el Bajo Imperio, la situación está prácticamente estabilizada: al oeste, es decir, cerca del Mediterráneo se encuentra el estado romano fuertemente helenizado en Siria, Palestina y Egipto. Al noreste están los persas. Al sureste se encuentran los primitivos reinos árabes de Hira, Rhassan, Hidjaz, a menudo vasallos. Señalemos que esta Arabia está también bastante cristianizada.

## 2. De la Edad Media hasta finales del siglo XX: el ámbito islámico

Si bien en el plano religioso Mahoma necesitó tiempo para imponerse, lo que sorprende, por el contrario, es la rapidez de una expansión árabe que, una vez obtenida la victoria, en unos decenios acabó con imperios centenarios.

En dos años (630-631) Mahoma obtiene la adhesión de las tribus de Arabia. Después de su muerte (632), Abu Bakr, primer califa, unifica militarmente la península. Sus tres sucesores (Umar, Utman y Alí) en treinta años conquistan parte de Bizancio y Persia y llegan muy lejos hacia el oeste, en África. En el 661 poseen Egipto, Palestina y Siria, Mesopotamia y Persia.

La dinastía de los Omeyyas (661-750) establece su gobierno en Damasco. Hace de Jerusalén su centro religioso, otorgando de esta manera a la ciudad su incomparable posición como ciudad santa de las tres grandes religiones monoteístas, y convierte el árabe en lengua administrativa.

A causa de la expansión del imperio hasta el sur de China, los abásidas trasladan la capital a Bagdad, lo que modifica de nuevo el centro de gravedad de la región. No obstante, a partir del siglo IX comienza su decadencia. De entre los fragmentos del imperio que pierden, Egipto conocerá un período brillante bajo la dinastía de los fatimitas (909-1171), fundadores de El Cairo en el 969.

Mientras otros imperios se desarrollan al oeste, el policentrismo del mundo árabe oriental es un hecho. Damasco, Bagdad, El Cairo: el peso de la Historia es sin duda demasiado importante para que estas metrópolis milenarias pudieran soñar siquiera con convivir algún día en un mismo estado. El resplandor y la riqueza de estos centros sucesivos condenaban por anticipado el panarabismo moderno; las disensiones internas, auténtica plaga del mundo árabe contemporáneo, se inscriben en parte en esta evolución.

A partir del siglo XI intervendrán los turcos. Los pueblos turcos (la definición de su extensión es en sí misma delicada) proceden del sur de Siberia y del Asia Central. En el siglo VII, habían edificado un imperio situado entre la Gran Muralla de China y el mar Caspio. A partir del siglo VIII, entran en contacto con los árabes.

Éstos los toman como mercenarios (mamelucos) y lentamente los islamizan. En el 1050, una riada llegada de Syr Daria sumerge Irán, Irak y Siria. Nace entonces el reino selyuquí que ataca a Bizancio en el 1071, arrebatándole el este de Anatolia.

Al cabo de poco tiempo, Occidente lanzará su primer contraataque de envergadura en tierras orientales. La Cruzada establece a los francos en Jerusalén (1099). Conquista la costa del Mediterráneo oriental y la divide en varios reinos cristianos.

Habrá que esperar un siglo para que los musulmanes de Saladino I reconquisten la Ciudad Santa (1187). Este último se convertirá en un héroe legendario, invocado en las guerras y símbolo de la renovación del mundo islámico.

Los últimos reinos cristianos se sometieron a comienzos del siglo XIII, pero la nueva evangelización de la región dejará profundas huellas: las comunidades cristianas sobrevivirán, de hecho, hasta nuestros días (véase capítulo VII); su prolongación actual se halla entre los cristianos del Líbano y de Palestina. Por último, los occidentales mantendrán largo tiempo un enclave en Chipre, donde permanecerán hasta 1489, dando a la isla su particular carácter de puerta de Oriente Medio y punto de contacto entre dos mundos.

En el siglo XII los turcos tendrán que hacer frente también a unos nuevos invasores venidos del este, los mongoles. Éstos habían barrido Mesopotamia y Siria (Bagdad en 1258, Damasco en 1260) pero sin establecerse durante mucho tiempo. Su

larga presencia en Irán (Imperio de Tamerlán), por el contrario, volvió a individualizar de nuevo el este de la zona. Cuando su imperio se disgregó, fueron de nuevo los persas los que resurgieron al este del Éufrates, instaurando un Estado que ha sobrevivido desde entonces, año tras año, hasta la actualidad.

El destino del pueblo persa bien merece una reflexión. Invadido por los helenos y después por los partos, en el 224 reinstaura su Estado. Oprimido de nuevo por los árabes, después por los turcos y posteriormente por los mongoles recobra en el 1045 la libertad, aunque marcada por un siglo de guerras civiles. Los iraníes pueden, pues, presentarse legítimamente como los descendientes de un estado dos veces milenario. Uno podría preguntarse, sin caer en el determinismo, por qué determinados pueblos objeto de perpetuas conquistas han sobrevivido, y por qué otros han sido lentamente asimilados y aniquilados. En este caso hay que subrayar el papel de la lengua y una original evolución religiosa.

La última vicisitud de la región se debe a la llegada de la rama turca de los otomanos, que eliminarán a los selyuquíes en el 1302. Éstos encaminarán su principal esfuerzo hacia el oeste, destruyendo definitivamente el Imperio bizantino en 1453 y llegando incluso a sitiar Viena. Justo entonces será cuando la Sublime Puerta se vuelva hacia el este, avasallando por mucho tiempo Oriente Próximo y Mesopotamia en los siglos XVI y XVII. De esta manera el mundo árabe conoció una nueva unificación, ya que la influencia otomana se extendió temporalmente hasta Marruecos.

A comienzos del siglo XIX, la Revolución industrial proporcionó a los europeos del oeste una superioridad militar definitiva. Aunque el desembarco de 1830 en Argelia se haya convertido en el símbolo fundamental, en la segunda mitad del siglo XIX los conquistadores se volverán hacia Egipto. La expedición de Bonaparte a Egipto y Palestina (1798-1801) y la respuesta británica que provocó, no permitieron una implantación duradera; los problemas serios comenzaron con la construcción del canal de Suez (1859-1869). De Lesseps y los franceses ganaron a Londres por la mano, pero los medios financieros británicos compraron de nuevo las acciones de la compañía del canal, convirtiéndose en socios mayoritarios, mientras el ejército británico tomaba posiciones en las orillas del mismo en 1882. Egipto se convirtió en un vasallo oficial del Imperio británico, seguido de Sudán en 1900. La ocupación temporal del litoral libanés en 1856, más al norte (véase capítulo III), descubrirá las verdaderas intenciones de los franceses. Al mismo tiempo, los británicos obtienen de Turquía la «administración» de Chipre en 1878.

Lo que marcará la región hasta 1914 será la lucha por las zonas de influencia más que el reparto colonial, que aquí sólo está empezando. Partiendo del Imperio de la India, los británicos extienden su dominio sobre Afganistán y el sur de Irán. Al disponer al oeste de los enclaves de Egipto, Adén y Chipre, rodearán toda el área geopolítica, con ambiciones no disimuladas en dirección a Arabia. Al norte presionan los rusos: franquean el Cáucaso, se anexionan Armenia y llegan hasta Kurdistán, consiguiendo predominar en el norte de Persia. Los franceses, que han recibido el título oficial de protectores de los cristianos de Oriente Medio, dirigen sus ambiciones hacia Siria.

Sin embargo, en vísperas de la Gran Guerra son los alemanes los que parecen hallarse mejor establecidos. Muy introducidos en el Imperio otomano al que abastecen de material militar (una de sus flotas está fondeada en Constantinopla), han tomado las riendas de la economía del país y construyen el ferrocarril de Bagdad, que unirá el mar Negro con el Golfo, atravesando los yacimientos petrolíferos del norte de Irak. Comienza la lucha por el oro negro.

A finales del siglo XIX hace su aparición el sionismo. Los judíos de los imperios centrales y orientales (Alemania, Austria-Hungría, Rusia), se hallaban

enfrentados, por un lado, a regímenes poco liberales (en diversos grados) y, por otra parte, a una antigua tradición de hostilidad que desembocaba cada vez más en un antisemitismo oficial. La reacción de la comunidad fue triple. Algunos de sus jefes espirituales aconsejaban la partida. Herzl soñaba con el regreso a Jerusalén, hacia la colina de Sión, hacia la Tierra Prometida del país de Canaán. Otros decían que América era la nueva Tierra Prometida. Por último, otros pedían a los judíos que se comprometieran con los movimientos revolucionarios (en 1917 los judíos se hallaban muy introducidos en el Comité central del partido bolchevique).

Así pues, pequeños grupos de colonos alcanzarán Palestina a comienzos del siglo XX. Los primeros kibbutz (véase capítulo V) se instalaron en terrenos «desocupados» (tierras de tránsito de los nómadas) o compradas a bajo precio.

### 3. El impacto de las dos guerras mundiales.

Como era de esperar, el Imperio otomano entra en guerra al lado de Alemania a partir de octubre de 1914. La amenaza sobre el canal de Suez es sin duda real, pero no inmediata. Más que una molestia, lo que tendrá el Reino Unido es una ocasión para sus ambiciones imperialistas sobre toda la región. Los británicos, librados de un socio francés cuyas fuerzas vivas están dedicadas totalmente a la defensa del territorio, actuarán en tres direcciones. Militarmente, se asentarán en el sur de Palestina desde principios de 1915; políticamente, buscan una alianza con los sionistas y sacan partido de una intervención árabe, a cambio de la promesa de la formación de un Estado independiente en el sur del Próximo Oriente (legendaria acción del coronel Lawrence).

En 1917, fortalecidos por la desaparición de otro rival, Rusia, los británicos llegan al norte de Jerusalén; en 1918 controlan Siria y avanzan hacia Irak, mientras las tropas árabes del príncipe Faysal entran en Damasco en octubre.

El Reino Unido no se hizo esperar: a partir de diciembre de 1917 proclama, con el nombre de Declaración de Balfour, la creación de un «Hogar Nacional Judío» en Palestina. El reparto que tiene lugar en 1919-1920 le es muy favorable. Consigue de la Sociedad de Naciones un mandato sobre Palestina, Transjordania e Irak, incluyendo las regiones petrolíferas de Mosul y Kirkuk. Los franceses se contentan con Siria y Líbano.

Bajo el mando de Ibn Saud, elegido rey en 1926, irán fusionándose los distintos reinos de Arabia.

Los turcos, humillados por la derrota de 1918 y la desarticulación del Imperio en el Tratado de Sevres, llevarán a cabo una auténtica revolución nacional bajo la dirección del Joven Partido Turco de Mustafá Kemal. Habiendo vencido a los griegos, proclaman la república en 1923 fundando así el primer Estado laico en tierras del Islam. En Persia lucharán abiertamente británicos y bolcheviques hasta el tratado de 1921, que divide al país en dos zonas de influencia (este tratado proporcionaba a la ex-URSS el derecho de intervención en el norte de Irán). En 1926 toma el poder Reza Pahlavi y funda su dinastía.

Franceses y británicos tropiezan en seguida con oposiciones. El Yébel druso se subleva a partir de 1925. En 1936 el Frente popular promete a Siria la independencia en tres años, proyecto que abandona en 1938. Los británicos conceden a Egipto, en 1922, y a Irak, en 1932, independencias puramente simbólicas (mantienen las bases militares, omnipresencia económica y política). Se hunden en un callejón sin salida.

La gestión de Palestina tropieza con dificultades cada vez mayores. Londres se encuentra en una posición delicada entre sionistas y árabes. Al principio los británicos apoyan la instalación de nuevos colonos. Su llegada supone el inicio de la tradicional supremacía sefardí en la región, pero provoca sobre todo una reacción cada vez más intensa de la población local. De 1936 a 1939 se produce un levantamiento general de

los palestinos. El Reino Unido debe recortar drásticamente el cupo de nuevas llegadas, en un momento en que numerosos judíos se ven obligados a huir de Europa central. Finalmente, concede la independencia en diez años, con la condición de que el nuevo Estado no contenga más de un tercio de judíos.

En Turquía y en Persia (convertida en Irán en 1935), se advierte una preocupante evolución de la política exterior. Mustafá Kemal, admirador de los nuevos Estados europeos, había buscado inspiración del lado de la URSS, pero después despertará su atención la Alemania hitleriana debido a su evolución «nacionalista». Al mismo tiempo, Reza Pahlavi muestra cierta simpatía por el régimen nazi.

La región servirá una vez más de campo de batalla durante la Segunda Guerra mundial. Después de la derrota de los franceses, Siria y Líbano pasan a ser controladas por las autoridades de Vichy. Los británicos, seriamente castigados por Rommel en Libia desde 1941, asisten al desarrollo en su retaguardia de un levantamiento iraquí abastecido de armas por los alemanes a través de las posesiones francesas. Finalmente, las fuerzas del Reino Unido retornan el control de Irak en 1941 y aprovechando el impulso barren a los ex-mandos franceses y lo ocupan hasta el final de la guerra, a pesar del regreso de las Fuerzas Francesas Libres.

Aunque Turquía, auténtico nido de espías (caso Cicerón), consigue mantener la apariencia de neutralidad, la influencia alemana en Irán se vuelve insoportable para los aliados. Éstos fuerzan al shah, en 1941, a abdicar en favor de su hijo Mohamed Reza. Una auténtica limpieza se produce en el norte del país bajo la acción de los servicios secretos soviéticos, que cazan a los agentes alemanes. Esto hace posible la Conferencia de Teherán en diciembre de 1943, primer encuentro entre Roosevelt, Churchill y Stalin. Irán se convertirá en uno de los implicados de la rivalidad Este-Oeste.

El fin de la guerra acelera los procesos en marcha. En marzo de 1945, egipcios, sirios, transjordanos, iraquíes y libaneses crean la Liga Árabe.

A pesar de los compromisos de los franco-ingleses, Siria y Líbano deberán recurrir a la ONU para conseguir la evacuación de sus territorios, que será efectiva en abril de 1946. En mayo termina el mandato británico en Transjordania; no obstante el territorio conservará «lazos privilegiados» con Londres (Hussein se proclamará rey en 1952). La situación de Egipto e Irak es más delicada: al primero se le impondrá la presencia de tropas británicas en el canal de Suez; el segundo sólo obtendrá un tratado reconociendo su soberanía, aunque limitada, en 1948.

En el norte de Irán, la URSS ha creado dos «repúblicas populares» en Kurdistán y en Azerbaiján. El ejército, después de la marcha de las tropas soviéticas de todo el territorio iraní y de la elimi nación de los ministros comunistas del gobierno, acaba con las zonas sublevadas en noviembre de 1946. En octubre de 1948 el país firma un tratado de cooperación con los Estados Unidos.

Los británicos y los franceses aparecen ahora como las antiguas potencias «coloniales» condenadas inevitablemente a abandonar la región. Las ambiciones americanas van afianzándose en una zona donde hasta ahora Estados Unidos sólo domina gracias al petróleo. La URSS prosigue con el antiguo sueño zarista de un paso hacia los mares cálidos, sublimado por el proyecto marxista-leninista de construcción de un sistema mundial.

Texto extraído de:  
DURET, Alain. *Oriente Medio, crisis y desafíos*.  
Editorial Salvat. Barcelona 1996.